

ALALZA.A

LABAJA

ALALZA, la Unión Musical Ciudad de Tomelloso que ha tenido el precioso gesto de rendir homenaje a nuestro colaborador, **Eugenio Serrano**, poniendo su nombre a un pasodoble que se estrenó en el **II Festival Nacional de Bandas** celebrado el pasado 11 de julio.

ALALZA, el director del grupo de teatro Carpe Diem, **Miguel Ángel Berlanga**, por su rotundo triunfo con su adaptación de la obra *Andronicus*, de William Shakespeare. Una prolongada ovación del público reunido en el Teatro Municipal de Tomelloso en el estreno premió su excepcional labor al frente de su magnífico cuadro de actores.

ALALZA, **Martín Cantarero Fernández-Pacheco**, fundador y director de la Orquesta de Pulso y Púa Sotomayor, de Manzanares, que acaba de dejar la batuta tras una impresionante trayectoria de 33 años. Deja una orquesta consolidada y reconocida, además de multitud de partituras adaptadas para pulso y púa.

ALALZA, **Lorenzo Navarro 'Loren'**, el entrenador que la próxima temporada dirigirá al Manzanares CF. Después de tres años alejado de los banquillos, el reconocido técnico tomellosero afronta con mucha ilusión su etapa en un Manzanares que este año ha jugado la promoción de ascenso a 2ªB.

ALALZA, las **medidas anti desahucios** que se están adoptando en Ayuntamientos y otras administraciones. Una de las estampas peores de la crisis ha sido ver a los que han perdido su vivienda.

A LA BAJA, los **entrados de juego ilegal** que usan como coartada social la imagen de personas con discapacidad, pero que en realidad suponen un fraude a los consumidores y dañan de modo irreparable las actividades de juego genuinamente social como el de la Once.

En este número:

Repulsa y solidaridad de la Corporación de Manzanares con la familia de Fernando F. G. fallecido con violencia

/11



Siete consejerías y una vicepresidencia conforman la estructura del nuevo Gobierno regional

/16

EL REVÉS DE LA TRAMA

Por Campo de' Fiori

Valentín Arteaga

Lector paciente, como suele decirse, se acabó. "Okey", "ciao", "arrivederci". Doy por concluido, durante estos días últimos, mi deber inapreciable de haber tenido que cruzar tantas veces camino de Piazza Farnese, hacia el otro lado de Via Giulia, Campo de' Fiori, en pleno corazón bullicioso de la ciudad. Lee. Ahora ha de regresar uno allá de donde vino, bien me acuerdo. Hace doce años se lo escribí al "director y sin embargo amigo", Jaime Quevedo Soubriet, desde Piazza Navona. Cuánta agua, desde entonces, ha corrido bajo los puentes del Tíber, llevando reflejados en su corriente, color limón, desahuciado formidable, los campaniles de San Bartolomeo al Isola, la mole aséptica de la Sinagoga, de la iglesita luminosa de Santa María in Cosmedin, las amables alturas de Santa Sabina... Doce años son muchos, paciente lector. Algo así como un cofrecillo de incontables sucesos y recuerdos. Sucesos y recuerdos grandes, católicos, solemnes y abarcadores de Iglesia; sucesos y también recuerdos chicos, personales e íntimos.

Los pontificados de excepción para la Iglesia ancha de Juan Pablo II, de Benedicto XVI, del Papa Francisco; las audiencias de los miércoles, los Ángelus abigarrados del domingo: "Buon prauzo". "Recen por mi"; y al tiempo mismo tanta pequeña historia, emocionante y emocionada de la Orden que un día fundara San Cayetano en las manos mismas del Papa en San Pedro mismo del Vaticano, las fiestas de guardar en Sant'Andrea della Valle, las celebraciones propias, las horas, purísimas de incansable misericordia, en el confesionario: monjas, curas, obis-

pos y qué sé yo; y viajes. Cuántos ires y venires de aeropuerto en aeropuerto con ocasión de la visita fraterna a las comunidades de la Orden. Amigo lector, ahora, como suele decirse, "okey", un "ciao", "arrivederci".

Uno salía de la Basílica de Sant'Andrea della Valle por la puerta del Largo del Pallaro camino de Campo de' Fiori, callecitas húmedas y estrechas, heladerías, pizzerías, tiendas de venta de maletitas, bolsas, sacos de dormir, zamarras, gorritos, mochilas..., y de súbito La Plaza, algo así como la Plaza Mayor de una ciudad de provincias perdida en la península; pero no: Campo de' Fiori es un espacio particular, tan atrayente, a pesar de los pesares, en toda circunstancia y en todo momento. Un hermoso rectángulo al sol simpatiquisimamente vivaracho. Se concentra en él el mundo al completo entre puestos de lechugas, coliflores, berenjenas, bolsitas de pasta de colores, carnes, frutas y camisetas de recuerdo con diferentes inscripciones: "Ciao, bella"; "ti amo". Campo de' Fiori está formado por viejos edificios sin aparente significación y memoria. Cine Farnese, por ejemplo, que visto desde fuera se creyera más bien un depósito de granos y harina para pastas y frutas al por mayor. Alrededor ordenados, bares, cafeterías, restaurantes, hornos y, en el centro, la estatua, tétrica, de Giordano Bruno en cuya base, pandillas de turistas jóvenes, disfrazados o no de vaya usted a saber, lector, qué guisa, se entretienen con su trozo de pizza o su cucurucho de gelato "al pistacchio".

Del otro lado de Piazza Farnese vienen y van, con sus planchadísimos

"cleriman" romanos, estudiantes de cura que parecen tener prisa por llegar, es un decir, a obispos de Coria, Cáceres, o simplemente a monseñores, aunque el Papa Francisco no esté por la labor. Papa Bergoglio, o sea, sueña con un Iglesia pobre, sencilla y a la mano, -el buen Dios dirá-, en la que no quepan colorines mundanos.

Querido lector amigo, tan paciente aún con este servidor. Doy muchas gracias a la Providencia por esta larga estancia en la Ciudad que tantos beneficios me ha deparado. Ya viví acá hace cincuenta años, cuando estudiante, durante el Concilio Vaticano II, y experimenté, como dice algún Padre de la Iglesia, que "Cristo es romano". Ahora que, por fin, se me concede el gozoso beneficio de regresar allá de donde vine, a duras penas me despego la visión, encandilada, de la Ciudad de mis sueños y también, de algún que otro sin sabor. La verdad sea dicha: Roma es una Ciudad tal vez bastante indefinible, muy teatral, astutamente mágica, un poquillo recelosa, escondida en muchas islitas de belleza que muy pocos visitantes aciertan a conocer.

En ocasiones es deliciosamente fea. Como con un aire de aldea dispuesta a sorprender, al torcer una esquina, con una iglesia barroca o la música, fresquísima, de agua de una fontana. Consecuencia: a la Ciudad hay que volver de tanto en tanto, no sólo a mirarla y admirarla, sino sobre todo a permitir que nos toque con sus manos amorosas y tímidas la cara. Como si de una diosa de mármol en los adentros de un jardín antiguo se tratase. Que así sea, lector.